

AUTORITARISMO Y DEMOCRACIA

por MIGUEL ANGEL PODUJE SAPIAIN*

Vivimos una época en la historia latinoamericana en que el autoritarismo se alterna con los procesos democráticos, en un vaivén que pareciera que ni el uno ni los otros pudieran sostenerse. Se ve aparecer democracias de una apariencia muy estable, que terminan por caer ante un movimiento militar y, luego, vemos gobiernos militares que empiezan a transitar hacia democracias, bajo características de diversa índole. Pareciera importante, entonces, detenerse a pensar ¿cuál es el problema último que se vive?, ¿dónde se encuentra el mal de la oscilación política?

En primer lugar podemos revisar el tema de la cultura. Los pueblos vibran a partir de un conjunto de vivencias comunes a sus hombres, que los hacen identificarse en la acción, en la forma de vivir, en la participación social, en la manera de enfrentar las grandes y pequeñas faenas. El pensamiento de un pueblo se moldea en estas vibraciones que configuran su modo de ver la sociedad como un actuar espontáneo. Lo normal es su libertad, su familia, su sentido de lo trascendente, su trabajo, su iniciativa. Lo importante es que esta vivencia social tenga un cimiento valórico, con una base sana y profunda, que sea una forma de perfeccionamiento de la condición humana, pudiendo generar las grandes expresiones de aquella identidad especial, sea en el campo del arte, de la ciencia, de la economía, de la política. La democracia tiene un contenido valórico, que se ilustra en el sentido ético de los pueblos de expresar su elección, sus alternativas y su modo de direccionar su vida común, en las decisiones más contundentes en una determinada nación. El elegir los gobernantes; la conciencia del gobernador activo; la relación continua y dialogal entre autoridad y pueblo internalizada en la vida de una nación, hace fuerte una democracia, porque, ante una nueva posibilidad de ser alterada, constituye la alteración de la vida misma de los hombres. No hay nada que descompense más y altere la vida de una comunidad que la modificación de sus hábitos de convivencia, y más aún, si ellos son sus hábitos culturales. Y si esa alteración es una limitación a sus espacios de libertad, por precarios que ellos sean, la descompensación se amplifica en la rebeldía propia de quien pierde gran parte de su patrimonio moral, sin intervenir con su voluntad. Ante esta reflexión cabe preguntarse si la democracia de valores se ha adentrado en la vida de los pueblos latinoamericanos. Pareciera que no. Quizás las revoluciones independentistas, plagadas de caudillismos; las anarquías que precedieron a las repúblicas; las repúblicas fallidas que precedieron a las dictaduras personalistas y los personalismos que acabaron con las dictaduras, hubieren sido poco ilustrativas para crear esta cultura. Más aún, las democracias, manejadas en las alturas de la autori-

*MIGUEL ANGEL PODUJE SAPIAIN: Abogado. Ex Ministro de Estado en las Carteras de la Vivienda y Secretaría General de Gobierno.

dad inconexa y que se muere después del acto de votar y resucita al próximo acto de votar, con un interín de impotencia participativa, han sido las inoculadoras de los cánceres políticos que dejan a los pueblos sin fuerza cultural, la más poderosa y efectiva de las defensas de sus mismas democracias. En consecuencia, los pueblos viven en su cultura, dentro de la cual se insertan los valores de una auténtica democracia. Si falla la cultura, o en ella está ausente esa democracia valórica, no hay proceso democrático que pueda exigir ser estable, seguro y perseverante.

En segundo lugar es imprescindible analizar la situación de pobreza y marginalidad que viven importantes sectores de estos pueblos. Las sociedades tienden en forma natural a su perfectibilidad, deber fundamental de toda nación y de todo gobierno es ser agente de la civilización, y ello parte incorporando a toda aquella marginalidad social que está fuera de las alternativas, en progreso, de la cultura y del nivel mínimo de dignidad humana. Lamentablemente la pobreza ha sido un signo que ha marcado a estos pueblos jóvenes, y las distintas políticas sociales no han sido lo suficientemente objetivas, progresivas y orientadas, para siquiera producir una esperanza de superación de la marginalidad social. Toda una confusión de conceptos ha llevado a este grado de ineficiencia en la acción, agravado por una crónica desconfianza en las iniciativas individuales. En definitiva, ni los Estados ni las actitudes de solidaridad han podido erradicar la marginalidad. Más bien, el Estado ha contribuido a agravarla y las cruzadas solidarias han sido el paleativo moral que ha mantenido una disposición de apoyo caritativo de los que deben ser agentes activos de la dignificación social. No se ha producido, en consecuencia, una integración cabal entre decisiones políticas, solidaridad y actitud individual de integración activa a la superación social. Quedamos, entonces, frente al tema del marginado frente a la democracia. ¿Podemos esperar una elección adecuada?, ¿podemos pensar en un sentido participativo de la vida social? Es muy impensable. Ese marginado nada tiene y por ello nada pierde. Sus decisiones son la indecisión misma. Sus motivaciones son coyunturales y volubles. Estará presto a la frase hermosa; al canto político; al ofrecimiento sin cimiento. Sus esperanzas se limitan a aquellas esperanzas ofrecidas, y su meta: que esas esperanzas sean cumplidas, y, si es que éstas se cumplen, a ver quién llega con otras esperanzas. El marginado es esencialmente "movilizable", porque se impulsó en aquella masa que reflexiona colectivamente y que es gatillada en el grito revolucionario o la movilización reivindicativa. Esta marginalidad ha marginado la democracia. La circunscribe a aquellos que fusionaron las oportunidades de los más: de no estar al margen; no esperemos, entonces, que estando nuestras sociedades con tales grados de marginación tengamos democracias solidificadas. Ellas calzan en la indecisión y, por ello, en la indefinición. Los valores de la democracia se basan en la calidad de la decisión y la participación, para lo cual es indispensable la superación decisional de la base democrática, o sea, el pueblo. Democratizar no es estatizar como propugnan muchas tendencias socialistas, sino que educar las decisiones de todos, para la dignificación de toda la sociedad. Cuando veamos a los pueblos sin marginación estaremos viendo sistemas democráticos, blindados a cualquier ataque, aun de los más letales. Aquí tenemos claramente un germen de la inestabilidad de nuestros

sistemas democráticos, que explica muchos de los vaivenes de ida y vuelta del autoritarismo que se ha comentado.

Un tercer factor de análisis es la ideología, que se ha expresado a través de los agentes políticos como una ideologización o religión doctrinaria. ¿Qué ha pasado con la ciencia de las ideas? La han transformado en la cárcel del pensamiento. Es una manera sencilla de decir que nuestros políticos se han movido en la repetición de sus slogans compactos, que no admiten contradicción. Los ideólogos se han instalado en las cúpulas políticas y desde allí reparten sus evangelios, para que la masa los repita y se afanen en recitarlos. La comodidad y la ley del menor esfuerzo se han apoderado de nuestros pueblos, y en grupos se agolpan en torno a la consigna ideológica. Y como han adherido al dogma, cualquiera retirada o pensamiento original es calificado como disidencia y ruptura. El marxismo, ideología dialéctica por excelencia, ha dado un ejemplo mortal del compactamiento del pensamiento, porque, más allá del margen ideológico, ha localizado el pensamiento a ras de tierra, privándolo de trascendencia. Y este mal ejemplo, como una forma de defensa antiideológica, lleva a otros sectores a ideologizarse, para actuar en su ámbito defendido por el dogma. Este factor en análisis es un claro subproducto de la descultura y de la marginación educacional. Los hombres no han sido capaces de conocer la profundidad del problema de su mundo social; flotan en las generalidades y se adormilan en la respuesta fácil que les da la frase ideológica. Los pueblos que avanzan y progresan han asimilado su ser y, como tales, casi rechazan espontáneamente todo aquello que no se ajusta a su visión de la convivencia. Tienen internalizados sus principios básicos de vida, y, como forma lógica, adquieren un sentido pragmático de concebir su actitud social; es el sentido práctico con principios y cimientos. El sentido práctico ideológico, es el simple ejecutar la idea, sin análisis de resultado ni siquiera en la repetición continua de actos que no cumplen con el presupuesto ideológico ni se revisa el resultado final. Siempre la misma ideología dará cualquiera excusa por no haber sido exitosa la experiencia. La confrontación de grupos ideologizados es brutal, ya que siempre chocan con los escollos de las ideas rígidas. La conversación, el diálogo de verdad, se frustra y no se llega a ningún resultado. Esa vinculación dialogal entre los distintos actores sociales no se da. Cada cual se va atrincherando en su propia verdad. En este escenario la democracia se decae, porque se le ha privado de un elemento esencial que es el entendimiento y la donación de posiciones para confluir en una tarea común. De lo contrario, la opción será un cañón que no cesa de disparar y el "oficialismo" será una fortaleza que está sitiada por aquellos grupos que esperan su ciclo de poder y así, sucesivamente, en un cuento de nunca acabar. Y de esta forma languidece la democracia, agotada en la esterilidad de un debate entre sordos. Y en este juego es más grave la democracia ideológica que el totalitarismo ideológico. Este último, al menos, podemos imputarlo a la dirigencia monárquica. En cambio, en la primera verdad de la mayoría consiste en complicar a todo un pueblo que adopte las decisiones. Imaginen en una decisión mayoritaria en el tema del aborto. Los ciudadanos: jueces de la vida. Por ello, la ideologización atenta contra un principio básico de una consolidación, que es el acuerdo social.

Un cuarto factor de análisis que también se desprende de los anteriormente analizados es la burocratización de la democracia. Es tan distante

la decisión de la base; es tan compleja y extendida la comunidad de los hombres que cada vez es más difícil concebir mecanismos participativos. Una democracia desarrollada se vive. Es parte de la sociedad, que cumple sus deberes y reclama sus derechos, en una organización que está armada para escuchar, para opinar, para disentir. Las tribunas son libres y amplias, y la influencia del medio social es una continua regla de regulación de la autoridad. Y este camino llega a puntos tan perfectos que ya casi se prescinde de la presencia de la autoridad, por la internalización de las reglas democráticas de convivencia. El juicio de la opinión pública, libremente expresado, constituye un severo guardián de la idoneidad y la eficiencia gubernamentales. La alteración en el poder constituye un proceso de absoluta lógica, sin que ello implique convulsiones o revoluciones.

Nuestros pueblos jóvenes han diseñado sus democracias en articuladas constituciones, pero no han llegado a conocer el contenido vivencial de la democracia. El ciudadano aprecia su cuota de poder, pero sabe que corre el riesgo de no haber acertado en la elección. Si así no fue, sabe que su participación será el sumarse a una movilización o, por último, se parte a la revolución. No existen etapas intermedias que superen el reclamo de pasillo.

La democracia está agotada en el voto. La soberanía popular queda acotada a la elección de los gobernantes, y estos últimos quedan tenedores de un mandato amplio, con la rendición de cuentas que se produce al encontrarse frente al próximo acto democrático del voto popular. Ahí, o se continúa en la hipótesis más remota por el "desgaste" de la novedad, o se entrega a aquel que vendió una nueva novedad. Y sólo hasta aquí se llega. Los problemas de la sociedad, más que ser abordados con la perspectiva de altura, que prescindan de los ciclos de popularidad o impopularidad, se pretenden resolver en la coyuntura, en el oportunismo. Los mecanismos de participación pueden ser muchos, no obstante la tendencia compulsiva ha sido burocratizar los procesos, transformándolos en procesos de catarsis social, no de solución social, todo lo cual se rodea de formalismos y esterilidad.

Un quinto factor que podemos analizar es el mito del Estado. Esa forma de organización política de una nación ha tenido derivaciones increíbles y se ha prestado para las más letales experiencias. Y en esta mitología están involucradas las derechas y las izquierdas, que han depositado en el Estado-estructura toda la acción de una sociedad, que busca el Estado-nación. La burocratización del Estado lo separa de las realidades, porque este famoso Estado omnipotente define la realidad. De él nada se escapa. De él nadie se escapa. Él es la solución; él es la expresión de la voluntad popular; él es el que asigna, distribuye, imparte justicia, define la verdad, castiga la mentira y premia al que sirve. Si a esta paranoia del Estado le sumamos la ideología excluyente, estamos en presencia de la perfecta monarquía, que suple el origen divino por el ideológico. Frente a él la elección popular es un acto de fe; una ratificación, porque su tendencia absolutista va depreciando cada vez más un juzgamiento.

La irreversibilidad del sistema es su meta; la alternancia es su enemiga. De ahí que cada acto del Estado estará influido para cumplir con su vocación

de total. Frente a este cuadro del Estado totalizante, único salvador y defensor, la libertad se eclipsa, y con ella la democracia. Una real democracia no es compatible con una estructura estatista, porque en la decisión popular está involucrado un concepto antiparticipativo, que es la absorción del alma social por una estructura que dice interpretarla, pero que, ante un requerimiento de cambio, no estará dispuesto a aceptarla. La democracia es un sistema social que privilegia al individuo. Como agente integrado al quehacer de la sociedad, concibe la iniciativa, la opinión, los derechos, la crítica, la armonización de los intereses, en el ámbito del llamado consenso básico. El arbitraje social del Estado y su papel civilizador son esenciales, mas cuando se transforma en un agente inhibidor de la individualidad, que masifique la convivencia y petrifique las iniciativas, vemos que la democracia comienza a morir. Los marxistas pasarán a llamarlas democracias populares, intérpretes del proletariado triunfante en la lucha dialéctica e irreversible de las dictaduras totales. El igualitarismo pasa a ser el arma envidiosa de la convivencia, y el Estado, en su absolutismo, hace la distribución de la cuota idéntica, efímera y pasajera, traspasando, expropiando, endosando los caudales ajenos, dividiendo la fe y el impulso individual, con lo cual queda sin pulso. La libertad habrá muerto, y con ella la democracia.

Un sexto factor que es digno de analizar es la modernidad, que golpea las puertas a nuestros países latinoamericanos. Las sociedades desarrolladas avanzan a pasos agigantados por el camino de la modernidad. La tecnología y la ciencia han removido las estructuras sociales, que se perfeccionan en grados inconmensurables. Sus organizaciones saben asimilar el progreso, porque además conocen sus necesidades y la forma lógica y ética de satisfacerlas, sin alterar el basamento de principios que les sostienen. Muchas veces podrán trastabillar, retroceder. Tantas veces se producirá confusión, mas, una línea central que ilumina la convivencia siempre guía al reencuentro con las identidades de los pueblos.

Los países desarrollados, además, tienen una madurez que les permite ir absorbiendo la modernidad estructural, con la gradualidad que significa que no se produzcan alteraciones profundas sino que todo apunte a un progreso futuro sostenido y asimilado. La modernidad es un ingrediente normal, que ya se hace exigente y cada vez más perfeccionista. ¿Qué pasa a los pueblos que han quedado en el atraso? ¿Qué pasa con las naciones que se baten en la guerra de la subsistencia y el modernismo sólo llega como una información anecdótica? Se acomodan en estructuras rigidizadas por el formalismo; politizadas por las cúpulas y popularizadas por las voces de los demagogos. Los organismos así llamados sociales se encuentran recelosos de aceptarlas, porque implican un riesgo para sus hegemonías y las voces del pueblo, que hablan a través de los políticos en tránsito, mantendrán siempre una posición reticente a algo que altera sus cuadros electorales.

¿Cómo vamos a privatizar la previsión social? ¿Cómo será posible que los privados manejen la información pública? ¿Cómo puede ser que el Estado se abstenga de ser empresario? ¿Cómo vamos a permitir el desempleo por disminuir el tamaño del aparato público? ¿Cómo vamos a permitir libertad en el derecho a la sindicalización? ¿Cómo vamos a permitir que el satélite extranjero se inmiscuya en nuestra televisión? ¿Cómo vamos a

permitir que la tecnología de países avanzados invierta en el país? ¿Cómo vamos a privarnos del derecho de fijar precios? ¿Cómo vamos a permitir que la computación invada nuestros sistemas electorales? ¿Cómo el pueblo va a soportar que la tecnología signifique un costo, y ese dinero no se entregue a él? ¿Cómo soñar que la informática controle nuestras cuentas, nuestros equilibrios económicos? Todas estas exclamaciones y muchas otras son los recibimientos a la modernidad, y así van quedando cerradas las puertas y cerrado el futuro. El formalismo democrático y el populismo no dejan avanzar al progreso, y la democracia real se va añejando con la misma velocidad de caída del pueblo en el despeñadero de anacronismo. No obstante, la modernidad, el avance siguen inexorable golpeando esas puertas cerradas, esperando que alguna situación inesperada las abra y logre actualizar a una nación con vocación futurista. Lo curioso en este tema es que la modernidad democrática hace una función inversa respecto de los países antidemocráticos. Estos últimos han sido sitiados por un cerco ideológico. Se han proscrito las culturas occidentales; se reescribe la historia en función a la ideología. Se cerca la información a los intereses del partido y del Estado; levantar muros de infranqueable hierro y concreto, para quitar la fuga física y dar límite territorial a las intenciones de desplazamiento físico y espiritual de los hombres. Mas, la modernidad es implacable y se filtra por los mil orificios de la pujanza libertaria que los hombres van dejando para poder respirar. Hoy, las monarquías ideológicas no pueden parar las parábolas televisivas. No pueden frenar las imágenes pujantes de pueblos que logran superar sus limitaciones y se empujan en el progreso. Científicos, artistas, profesionales, de alguna manera se informan; de algún modo se van nutriendo de aquellos sucesos actuales; comparan, critican, concluyen y empiezan a revivir la libertad. El muro de Berlín, con su contundencia y simbólica aberración, no pudo parar la televisión, la radio, las comunicaciones de altas frecuencias, que informarán a los alemanes orientales de una realidad distinta y novedosa, que ellos evalúan y comparan. La tecnología ha sobrepasado la ideología. La fuerza de lo nuevo puede más que la inercia de lo antiguo. El muro cayó y la puerta de Brandeburgo está abierta. Busquemos en esta misma línea la causa de una perestroika; de una movilización social en Pekín; de una "Solidaridad" instalada en Polonia; de una Hungría pluralista y de una Checoslovaquia abriendo paso a las ideas libertarias. La democracia moderna es la fuente de progreso y libertad, buscada y anhelada por esos pueblos acotados por la estructura. Pareciera lógico pensar que este sistema está más cerca de la naturaleza de los pueblos, y perteneciera a su esencia misma.

En estos escenarios de democracias complicadas debemos examinar un mal que surge entre todo este núcleo de factores enturbiadores. Se anida la expresión revolucionaria bajo la forma de guerrilla. Así como la descultura marxista golpea con más fuerza en los países desarrollados, desdoblado la lógica de vida de esas naciones, con un gramscianismo que no es precisamente ciencia-ficción, sino que realidad palpable y comparable. En los países latinoamericanos la expresión de lucha se da con fuerza en el campo de batalla armado. Pareciera que la guerrilla fuera una expresión más propia de los pueblos en vías de desarrollo, no obstante su aparición es menos orgánica en pueblos social y políticamente más consolidados. La "liberaliza-

ción” de la socialización a nivel mundial pareciera que no ha entrado en “autoanálisis” en los movimientos armados. Más bien pudiera entenderse como una estrategia general en mantener este “estándar” de lucha como alternativa de penetración con los países “infiltrables”. La guerrilla busca la imagen anárquica; persigue la confusión; se alimenta en el desorden conceptual y, en definitiva, busca el reemplazo de las democracias por las dictaduras proletarias que hacen la síntesis de la lucha dialéctica de los burgueses y el pueblo trabajador. Su concepto es anacrónico y suicida: es cobarde y subterráneo y logra su propósito desestabilizador y provoca las reacciones de fuerzas que son espontáneas ante el ataque. Atacarla se ha constituido en el slogan de la represión. Defenderla es el slogan de la liberación. Se infiltra y contamina. Extorsiona y mata. Es la expresión armada de la ideología totalizante y atrasada, que usa la fuerza o la vía pacífica electoral, dependiendo de la sensibilidad del momento; del oportunismo electoral; de la transacción ocasional con quienes pueden darle patente de legitimidad. Mas nunca abandonan el proyecto final, aun en los procesos democráticos en que se involucran. Incluso es difícil pensar que alguna vez lo congele, para postergarlo hacia mejores oportunidades. El totalitarismo no pierde ninguna oportunidad ni abandona nunca su llamado proyecto histórico. El así pensarlo es una ingenuidad, porque el marxismo no puede consolidar ninguna estructura estable que luego no se le revierta en contra de su proyecto y su objetivo final. Cada paso, cada acción, cada función la hará, si sirve a su causa. Este terrorismo, repartido en grupos, cédulas y movimientos, pone en grave riesgo a la democracia. Ella ve que su arma está en la armonización de las voluntades libremente expresadas, y no en la confrontación de fuerzas, compulsivamente provocada. La democracia se basa en la libertad y en la paz, condiciones *sine qua non* de su existencia. La convulsión guerrillera es antilibertaria y antipacífica; por ende, antidemocrática. Y esta lacra social convive con la democracia en una prisión de socavamiento, que la sacude desde su misma base.

El autoritarismo surge como una sustitución de los sistemas democráticos. Por una parte, como satisfacción de la impotencia ante las estructuras formales de poder interior y para dar respuesta a los graves problemas de los pueblos. En otras oportunidades para sustituir al pueblo reemplazando respuestas democráticas a los problemas que los aquejan por soluciones socialistas totalitarias. Estas dos expresiones autoritarias tiene también otras de tipo intermedio, que más se asocian con los golpes de poder; las autocracias personalistas; las pugnas de poder y otras que, por su génesis, surgen básicamente del problema de la subcultura del pueblo, que se ve sometido a regímenes no participativos, desconectados con el mundo y retrógrados en su concepción.

Al esquema socialista totalitario se llega por la guerra frontal, con la utilización de las armas en la lucha por el poder, o bien, culmina como un proceso de descomposición de los sistemas democráticos, luego de una intensa artillería ideológica y desquiciante, desdoblando las culturas y penetrando las conciencias, usando, en este caso, el voto común sin arma final. Y no puede pensarse que el advenimiento por la vía democrática-electoral puede superar la característica de irreversible. Muy por el contrario, la liberación de gér-

menes democráticos afecta todos sus actos en el propósito deliberado de deshacer las estructuras que utilizó, desbordando la legalidad y sometiendo a continua presión al régimen institucional, para quebrarlo y que renazca la nueva estructura socialista. Esta última nace de las cenizas; no es un cambio sino que es una sustitución de sistema. Y, en este contexto, ejerce la tolerancia en el terrorismo. Se conceden algunas prebendas, una buena cuota de impunidad y, en definitiva, es un elemento desequilibrante más que contribuye a una total desestabilización. En el campo económico se produce el colapsamiento total, vía la magnificación de un Estado ineficiente que todo lo absorbe y todo lo burocratiza; los procesos llamados de "nacionalización", o sea la expropiación masiva de todos los medios de producción, la desinversión pública y privada; el gasto indiscriminado del aparataje fiscal; las fijaciones de precio, del cambio, de las cuotas de producción; la inflación desatada por emisiones inorgánicas, la persecución y motejamientos del empresario privado, el cierre de los mercados externos y, en fin, todo un conjunto de acciones que se dirigen directamente a la descomposición del sistema. En el campo social se exagera el descontento orientándolo hacia la culpabilidad del capital insensible, que debe ser castigado y eliminado. Se permitirán el desborde, las tomas de terrenos e industrias, las movilizaciones ilegales, la paralización de faenas, el boicot productivo. Los sindicatos se transformarán en agentes agitadores y proselitistas, sirviendo los intereses del partido gobernante. La discrecionalidad de los servicios sociales será el mecanismo de presión para la claudicación política, junto con pasar a constituirse en posibilidad única de acceder al empleo.

En la educación y la cultura devienen el dirigismo y la imposición de sistemas dirigidos para la inculcación de las ideas excluyentes, basados en padrones rígidos de enseñanza. La militancia ideológica del profesorado es requisito esencial para llevar a cabo el proyecto cultural, que debe penetrar hasta los últimos rincones de la instrucción. De aquí emana, esencialmente, la estabilidad invariable de los sistemas totalitarios; la inculcación sin límite de la ideología, de tal forma de obtener una "conciencia social proletaria", única forma en que se concibe la convivencia popular; el socialismo. La educación "comprometida" será la consigna para monopolizarla en función a la "única verdad". En paralelo, todo asume el apelativo de "comprometido", o sea, actualmente en favor del proyecto socialista; la cultura artística, intelectual, asume el "compromiso" y adopta forma, colores, sonido, palabra, todo en una configuración atmosférica absoluta del sistema. Todo lo expresado confluye en la formación de esta nación con las fronteras bloqueadas a la libertad; el camino al cual le han cerrado la puerta de retorno.

Otras expresiones autoritarias son los movimientos de índole militar, que se generan como una necesidad de dar respuesta a las emergencias que se producen a propósito de las fallas estructurales de sistemas democráticos imperfectos, que colapsan ante las crisis. Los casos históricos son pocos, siendo Chile un caso único, que responde a una imperativa histórica y a una decisión legitimada por la expresión popular manifestada de una manera inequívoca. Cuando son los poderes independientes del Estado, como el Legislativo y el Judicial, los que expresan las preocupaciones por la impunidad a que se llega cuando se transgrede con reiteración y alevosía la legislación; cuando se quiebra el estado de derecho sin posibilidad alguna de revertir

dichas conductas; cuando se producen el escenario del caos y la angustia colectiva, la intervención autoritaria, apoyada y solicitada por la ciudadanía, se legitima en su origen. Luego viene el proceso de restauración y recomposición de las estructuras institucionales, produciendo las vías de regreso a la democracia, solidificando su concepto; modernizando las instituciones, absorbiendo los espacios de libertad y proyectando modelos sólidos de desarrollo económico y social. Se trata de aquellos autoritarismos denominados como "fundacionales", que se producen en función del quiebre de la democracia y terminan, luego de un proceso de restauración y reformulación institucional, en una nueva instauración del sistema democrático. Quizás el límite entre las simples dictaduras militantes y las fundacionales podría mantenerse muy sutil, toda vez que quedaría a juicio y capricho del líder o caudillo la justificación de la causalidad de algún movimiento militar. Normalmente en las actas constitutivas de dichos gobiernos se recurre a toda una terminología de argumentos que le hacen aparecer como un movimiento de responsabilidad, el cual no podía escapar a la acción de las Fuerzas Armadas. No obstante, no pasan de ser meras justificaciones de caudillismos que sólo obedecen a una actitud de fuerza que persigue el poder. Y ello se ratifica porque ya en su desarrollo dichos gobiernos se desconectan del tema democrático y se sumen en la corrupción y la depresión. Otros caen en el populismo y en la sustentación armada de sistemas falsamente populares.

Será, entonces, el conocimiento objetivo de las causales de origen de un gobierno autoritario, su apoyo social y el comportamiento en su acción de gobierno, lo que determinarán la clasificación precisa de "fundacional" y le dará una verdadera legitimidad de origen. Característica importante de este tipo de gobiernos es la calendarización de las etapas de vuelta a la democracia, fijándose las tareas intermedias que son necesarias para la reinstalación democrática. La fijación de estas etapas y de itinerarios constitucionales de elecciones generales de autoridades y el cumplimiento sistemático de ellas significa que dicho gobierno no quiere perpetuarse en dicha calidad y que es esencialmente funcional a la reinstalación de la democracia plena. Obviamente, dentro de la gestación de las instituciones, sistemas y modelos que configuran la institucionalidad se han ilustrado de doctrinas y estilos que le dan una orientación; y dichas instituciones deben, luego, convertirse en un conocimiento o corriente de opinión que preserve y defienda las estructuras creadas.

El proceso de transición a la democracia tiene que, necesariamente, conllevar la presencia de los artífices del proyecto democrático. No podría ser de otra manera, ya que, producida la vuelta, la tendencia compulsiva de muchos actores políticos está en volver a las prácticas de la democracia última conocida, formativa e ideológica, para conducir el proceso. La adaptación a las nuevas instituciones democráticas no se trata de una presencia hegemónica o tutelar, sino que la integración al proceso institucional por aquellas vías que permitan a las FF.AA. ejercer en plenitud su rol de soberanía integral, interna y externa, y a los agentes políticos una participación en los procesos, dentro de los caminos del cuadro democrático.

Examinando cuidadosamente la situación de estos gobiernos autoritarios fundacionales, podemos establecer algunos de los peligros más fundamentales que los hacen vulnerables en los procesos transicionales:

a) Como se expresó, la reconstrucción de instituciones democráticas tiene una inspiración de índole doctrinaria. En los principios institucionales es menos acentuada, toda vez que las concepciones institucionales del mundo occidental, que recogen principios democráticos modernos, son de un tejido doctrinario muy adentrado en la valoración cultural. Separación de poderes del Estado, derechos y deberes constitucionales, funciones legislativas ejecutivas; recursos de amparo, protección, etc. Obviamente, existen aspectos de dimensiones profundas, que más bien apuntan a las concepciones parlamentarista o presidencialistas u otras materias, pero que, en definitiva, pueden ser superadas en el campo consensual, no ideológico, obviamente, pensando en la confluencia de partes que estén comprometidas con la democracia verdadera. Lo complejo es toda la trama de sistemas que conlleva la estructura institucional y que sí lleva, en lo medular y en lo accidental, involucrada una alta dosis doctrinaria. Pensemos en los sistemas económicos, monetarios, de comercio exterior; del concepto empresario, los del Estado, sistemas sociales previsionales, de defensa nacional. Frente a todos estos temas se conforman grupos humanos que están ilustrados por ideas muy profundas, cuya inspiración en el amplio respeto a las libertades políticas, económicas y sociales ha sido su principal orientación.

Pero como un gran número de personas se suma en el trabajo de los sistemas y en las seguridades que brinda el régimen autoritario, la tendencia innata es olvidarse de la indudable necesidad de crear las corrientes doctrinarias que sustenten, defiendan y preserven dicho modelo. Luego, cuando se producen los momentos en los cuales se tiene que enfrentar la tarea electoral, esa omisión de actitudes políticas coherente produce un vacío que no puede ser llenado en forma brusca. Primeramente existen partidos políticos o movimientos que, por el tecnicismo y perfectismo de los sistemas autoritarios fundacionales, no son tomados en cuenta, en función a las tareas políticas del mediano plazo. Esto se va agravando dramáticamente por la acción de partidos de corte ideológico, que están en el anonimato o ante la vista de todo el país, que continúan con la organización y potenciación porque, ausentes de la tarea central, apuntan sus energías al proceso transicional con todas las cargas emotivas, propagandísticas, logísticas y otras, que signifiquen dar la lucha electoral bajo los cánones "tradicionales".

El "oficialismo" sufre el desgaste propio de quien gobierna. Aquellos que están en la tarea de gobernar, en este escenario político, no estructuran el cuadro electoral, y si lo hacen sufren un grado de improvisación importante, que los convierte en ineficientes ante el embate de los órganos y partidos, que están profesionalizándose en el tema.

b) Normalmente las tareas modernizadoras de estos autoritarismos fundacionales dejan a un lado un aspecto trascendental en la vida de los pueblos que aspiran a la democracia, que es el ejercicio de la política. Muy ligado a lo tratado anteriormente viene un adormecimiento en la actividad, que deja un gran espacio en los sectores opositores, que siempre buscan todos los

recursos para, por una parte, desvirtuar todo lo hecho, sumarse subliminalmente a todo lo bueno, bajo el pretexto que lo habrían hecho mejor, y a motejar todo de "dictadura", como slogan que no requiere de definiciones ni tampoco de interpretaciones. Todo lo anterior está sumado a que el campo político, que sustenta el plano de las ideas y las comunicaciones del proceso, fortificando la opinión política, se posterga y se ignora negándole su verdadera trascendencia. Y ese campo lo llenan otros, con resultados lógicos de prever. Fallan, en consecuencia, la organización política y el rol comunicacional, que conformarán líderes de opinión, políticos, partidos y movimientos fuertes, que sean los verdaderos defensores de las ideas y de las obras. Lo explicado trae como consecuencia situaciones muy negativas, que se pueden corregir fácilmente. Una, que ante el proceso de continuo desajuste del sector oficial existirán muchos partidos que darán cuenta de una posición pseudo independiente del gobierno, produciendo un alejamiento, toda vez que no le es conveniente en el plano de sus aspiraciones dentro del mercado político electoral. No existen compromisos, por lo que se queda en la fácil posición de sumarse a lo bueno y restarse a lo malo. Otra, que la no organización de muchos actores del proceso implica su atomización y dispersión, perdiéndose el sustento único que es el compromiso con grandes ideas, que sólo podrán fluir y tener real preponderancia en la medida que existan organizaciones.

Sacamos conclusiones muy importantes que producen un gran campo de acción correctiva en estos procesos.

Se trata de construir estructuras políticas democráticas, en que las corrientes de opinión estén debidamente acogidas. El tema de la actividad política no es de "los otros", sino que debe ser parte activa de la acción técnico-política-restauradora. No se puede prescindir de ello.

El proceso no puede fundarse en partidos excluyentes por lo que, en estos procesos, es necesario producir una creación gradual de líderes de opinión, los cuales puedan producir con el equilibrio suficiente la instalación de las ideas, modelos y sistemas en el futuro gobierno democrático. Privarse de líderes es privarse de los productores y defensores de las ideas y conductores de un empalme histórico-político importante.

En el campo político-institucional debe existir una actitud permanente de ir produciendo consensos sobre distintos aspectos. No se trata del debate público indiscriminado. Significa la creación de instancias lógicas de conversación, que vayan dando un mayor espectro de voluntades a las decisiones, convocando a las coincidencias y posponiendo todas las diferencias. Esto debe constituirse como la actitud permanente, que lucha contra la otra actitud de provocación constante de un aislamiento del régimen. Siempre esta participación será positiva ante los agentes de la política que piensan positivamente. La estabilidad que produce esta actitud asegura una dosis importante de moderación al proceso de transición.

El régimen restaurador no puede privarse de la defensa de sus ideas en el plano de las comunicaciones y de la vida política en general. Ellas son tan importantes que dan presencia a las obras y van produciendo la lógica adhesión a los procesos de reinstalación democrática. Ello cobra doble vigen-

cia, debido a que, a su vez, reciben una carga crítica sostenida que aparentemente no llega, pero la verdad es que en el campo de las comunicaciones y de la propaganda van erosionando las bases mismas de la acción.

Las libertades personales son fundamentales. Estos procesos, nacidos de los derrumbes democráticos, tienen que volver a las prácticas democráticas renovadas, en la gradualidad que la situación exige. Cuando los procesos irrumpen, sin contar aún con el hecho de haberse preocupado de poseer la batería de medios, partidos y líderes que asuman el proceso, actúa el sector contrario al invadir todos aquellos enormes espacios vacíos, con consecuencias dramáticas. La oportunidad y gradualidad de la recomposición democrática, medidas a partir de análisis objetivos, son indispensables. Obviamente, interesan las reconstrucciones rápidas y eficientes. Pero cuando han transcurrido períodos extensos que implican toda una actividad refundacional es más oportuno aplicar toda la armonía y oportunidad posible a los acontecimientos transitorios, de tal suerte que la refundación se consolide y cobre fruto verdadero.

Se han analizado algunas causas de la compleja situación de la democracia que se colapsa en nuestros pueblos, y no podemos resucitarla sino con el esfuerzo y el sentido necesarios para estos procesos. Esta situación debemos, además, analizarla bajo el contexto mundial que viven las democracias; sus peligros, su sobrevivencia y su fortalecimiento. Occidente vuelve con ímpetu a reimplantar la gran virtud del pensamiento libertario, formado en consideración a que la mayor vitamina para la democracia es la libertad. Y se trata de un arma tan fundamental que ya irrumpe en el bloque socialista, con fuerza inusitada y liberadora.

Los pueblos latinoamericanos deben tener una común comprensión de sus procesos, y los líderes de estos pueblos tienen el deber de conocer las experiencias de unos y otros, viendo las raíces íntimas del problema de la debilidad de estas democracias, las consecuencias de los pseudofortalecimientos demagógicos y darles la vigorosidad de la libertad bien entendida, en el campo político, económico, social y cultural. No hacerlo significa someter a los pueblos al vaivén de los autoritarismos, en los cuales algunos tienen la buena fe de un espíritu fundacional, pero, en otros, caemos en el caudillismo; y en algunos en la irreversibilidad comunista. Para lo anterior no habrá mejor fórmula que tecnificar el gobierno con gran sentido político, removiendo las viejas estructuras y atacando los niveles económicos, sociales y culturales más débiles con la progresiva solidaridad, emanada de las conciencias comprometidas con la dignidad e iniciativa del hombre, el progreso de los pueblos y las democracias reales y participativas.